

número de familias de origen inglés. Por esa fecha se iba notando el sensible decaimiento de la comunidad británica de Valparaíso.

Por el contenido de las doce contribuciones y la calidad de las mismas, compartimos la opinión que Santiago Lorenzo anota en la introducción al libro, al considerarlo como “uno de los aportes más importantes que se han hecho en los últimos años a la historia de nuestro primer puerto”.

Rodolfo Urbina Burgos

Sergio Villalobos

ORIGEN Y ASCENSO DE LA BURGUESÍA CHILENA

Ed. Universitaria, pp. 160.

El ensayo de Sergio Villalobos *Origen y ascenso de la burguesía chilena* si bien no constituye ni pretende constituir un estudio exhaustivo sobre el tema, tiene el mérito de llamar la atención sobre su importancia y aportar algunos documentos de gran interés para su estudio. En cuanto a los elementos conceptuales y analíticos que nos entrega el autor, aun cuando pueden parecer sólo esbozados, sin duda son sugerentes y aportan ideas útiles para la comprensión de este aspecto fundamental de la historia social de Chile.

Inicia Villalobos su trabajo haciendo ver las dificultades que presenta hacer uso del concepto burguesía en el teatro chileno. Precaución, sin duda, justificada desde el momento que fue concebido para definir un tipo humano nacido y consolidado en la cultura europea. Esto se encarga de hacerlo ver el autor (p. 17); sin embargo, no entra en el problema de analizar si puede usarse con igual propiedad en Chile, lo que da por hecho (p. 19).

Siguiendo a Sombart, Villalobos distingue dos burguesías que han sido actores colectivos de la historia de Chile. La del “viejo estilo”, correspondiente a la preindustrial europea; y otra, semejante a la de ese continente durante el siglo XIX: la burguesía moderna (pp. 19-20).

Del “capitalismo aventurero” de la época de la conquista, obra de un tipo humano de rasgos heroicos que nada tenía de burgués, salvo su ansia de riqueza, Villalobos apenas se preocupa.

Sí lo hace, y aportando numerosos testimonios e interesantes sugerencias, del capitalismo comercial del período colonial, cuyos agentes eran burgueses del “viejo estilo”. Describe la oligarquía mercantil del siglo XVIII, de origen vasco en su mayoría e inmigración reciente. Villalobos destaca que en ese grupo, tras las argucias y abusos menores propios de la profesión de comerciante, existía un sólido sentido moral de raíz escolástica —otra idea de Sombart—, el que pudo sobrevivir no sólo por la fuerza de la religión imperante sino también por el escaso volumen de las actividades económicas desarrolladas.

Notable como testimonio de estos valores y conductas, es la carta —reproducida en el texto— en la que el comerciante Manuel Riesco aconseja a su hijo acerca de su comportamiento en España, adonde viajaba, y en especial en relación a sus usos y decisiones comerciales: temer a Dios, observar el culto, cuidarse de las malas compañías, apartarse del otro sexo (“en donde regularmente hay muchos escollos, ser cauto para ser casto”), humildad, cortesía, sencillez para vestir, lealtad en los negocios, prudencia, visitas a santuarios, y siempre sumisión a la voluntad divina.

Llama la atención en la carta (como lo hacía notar Max Weber en relación al calvinismo y su relación con el capitalismo del siglo XVI) el vínculo entre ascetismo de raíz religiosa, en este caso católica, y la actividad económica de lucro, los que no se consideraban como contrapuestos sino como complementarios, aunque a diferencia del caso protestante, no “naturalmente” complementarios. Tanto así, que leyendo las palabras de Riesco se nota una gran similitud con los escritos de Benjamín Franklin, considerados testimonios paradigmáticos de una mentalidad burguesa de viejo estilo¹. Franklin recomienda templanza, silencio, orden, decisión, frugalidad, laboriosidad, sinceridad, justicia, moderación, limpieza, tranquilidad, castidad. Ideales éticos de la burguesía preindustrial, aunque, por cierto, en diversos grados y matices².

¹W. Sombart: *El Burgués*, Alianza Ed., 1972, p. 127.

²Benjamín, Franklin: *Autobiografía y “Prólogo”* a cargo de Luis López Guerra. Ed. Nacional, Madrid, 1982.

Más dudoso me parecen las cualidades (o características) burguesas que Villalobos descubre en la oligarquía chilena del siglo XIX. Creo que no hay duda que respondían al tipo del burgués industrial los empresarios chilenos que hicieron su fortuna en la minería, el comercio, la banca hacia 1830-1870, la mayoría de origen no hispano y frecuentemente anglosajón. Entre ellos y los grandes capitanes de los imperios económicos europeos y norteamericanos durante la Revolución Industrial, hay, sin duda, muchas similitudes. De partida su avidez económica³; aunque tanto unos como otros tenían poco de lo que caracterizaba en la época al “buen burgués victoriano”, según los retratos que de éste nos han dejado Sthendal, Guy de Maupassant, y ya hacia comienzos del siglo XX, Thomas Mann.

Pero menos tenían de burgueses (como categoría social y no cultural), los descendientes de los empresarios a que nos referimos arriba, mezclados por matrimonio con la aristocracia chilena colonial (burguesa, de antiguo estilo). Vale decir, la oligarquía chilena del período parlamentario (1891-1925).

El hombre rico chileno de fines del siglo XIX y comienzos del XX que nos muestra Villalobos, sin negarle muchos rasgos burgueses, era, a mi juicio, más bien una mezcla de señor y “rastacueros”.

Características señoriales eran su interés por la tierra y la gran mansión; su afán de ostentación refinada, su desaprensivo tren de vida; pero más que nada su “economía de gasto” y no de lucro (vale decir, la cuantía de los gastos es lo que determina el esfuerzo económico a hacer, los ingresos sólo deben ser suficientes para sufragar aquéllos). El ejemplo del joven Blest Bascuñán es clarísimo. Pero también los casos de los Errázuriz y Subercaseux, descritos por Villalobos, instalados por años (hasta 18) en París, y sólo preocupados de sus negocios chilenos por interpósita persona. Ese “ocio regio” es señorial no burgués.

Por lo demás, estos oligarcas se sentían grandes señores y vivían como tales. Bien concluyente es, al respecto, el relato del marino español Fernando Villaamil acerca de su recepción en Panquehue (p. 123). La frivolidad social, el brillo mundano, es también más un rasgo señorial que burgués (aunque en este caso no tan claramente). El Príncipe de Gales (y futuro Eduardo VII) fue un *bon vivant* en sentido peyorativo, pero no porque fuese un buen burgués de mentalidad, sino porque ése era el estilo de vida de buena parte de la aristocracia inglesa de la época; recordemos la vida y obra de Oscar Wilde. Por contraste, cuando a John D. Rockefeller le regalaron un magnífico auto eléctrico para su cumpleaños, respondió que estaba agradecido, pero que de ser sincero hubiera preferido que le obsequiaran el dinero que había costado.

No pretendo decir que no hubiese frivolidad, afán de ostentación y economía de gasto entre la alta burguesía europea de la época; pero actitudes como las parisienses de los Errázuriz o los Subercaseux encuentran mejor parangón, por ejemplo, entre los nobles rusos que por la misma época visitaban la capital de Francia.

La fobia por el trabajo duro, aun el bien remunerado, actividad burguesa por excelencia, queda patente en las palabras del infortunado Alberto Blest Bascuñán, que vino a Chile en busca que su economía de ingreso satisficiera su economía de gasto: “Pero de pronto vi lo que era una salitrera, es decir, un vastísimo establecimiento con valiosa maquinaria, en plena pampa, llena de rotos que sacaban salitre en tachos y lo conducían a inmensos estanques, en medio de un sofocante calor durante el día y un frío gélido por las noches. Yo era un prisionero allí, entre jóvenes ingleses, debía vestir el smoking a la hora de comer y beber whisky copiosamente. Luego debía levantarme a las 5 de la mañana para trabajar; yo que no había salido nunca antes de mediodía de la cama. Sentí que iba a enloquecer y, realmente enfermé. ¡Para este tipo de vida me habían enseñado piano, bailes de salón y can-can!” (p. 140).

Incluso la gran piedad religiosa de algunos oligarcas chilenos de la época, y la caridad, son rasgos más bien señoriales que burgueses.

Pero el gran oligarca chileno de la época del parlamentarismo tenía también rasgos de nuevo rico y “rastacueros”. Así, nos relata Villalobos que los Subercaseux en la ópera (de París, *ça va sans dire*) tenían arrendado un palco por el que desfilaban todas las bellezas chilenas y otras amigas, determinando que los concurrentes lo denominaran el *tramway fleuri* (p. 152). También nos cuenta

³Entrevista a Rockefeller en: Sombart op. cit., p. 181.

que Julio Subercaseaux “cayó en la tentación de obtener un título de nobleza para poder pretender a una hermosa joven ecuatoriana, cuyo padre deseaba el enlace con un noble” (p. 153). Anécdotas que podrían complementarse con otras, aún más sabrosas, si recurrimos a una de las fuentes utilizadas por Villalobos. Las *Reminiscencias* de Julio Subercaseaux. Por ejemplo: “Solían llevarnos a la misa de doce, a la Madeleine, la más elegante [iglesia] de París y la más bonita, a mi juicio, con su fachada idéntica a la Cámara de Diputados”⁴, etc.

No cabe sino concluir, pues, que nuestros grandes oligarcas del 900 no eran sólo burgueses, sino también un tipo híbrido entre el gran señor y el *parvenu*..., sigamos en la onda parisiense.

Villalobos, que concluye su libro a comienzos del siglo actual, dejó fuera otros sectores sociales, importantes en la historia de Chile, que presentan numerosos rasgos burgueses en época posterior. Por ejemplo, los inmigrantes españoles, italianos, sirio-palestinos, que se transformaron aquí en esforzados comerciantes y luego industriales, mostrando en su conducta económica, su cultura y su *ethos* una sólida fisonomía burguesa.

En fin, el tema de la burguesía en la historia de Chile queda planteado con la aparición del libro de Sergio Villalobos, quien, como en tantas otras ocasiones, esta vez ha abierto interrogantes y planteado cuestiones fundamentales para el conocimiento de nuestro pasado.

Cristián Gazmuri

Sergio Villalobos y Rafael Sagredo

EL PROTECCIONISMO ECONÓMICO EN CHILE. SIGLO XIX

Instituto Blas Cañas, 1987

Entre los aspectos positivos últimamente advertidos en las investigaciones históricas se destaca el renovado interés en los estudios de historia económica; temática de gran importancia que desafortunadamente no ha concentrado la debida atención de los especialistas. Es en este contexto que resulta grato reseñar el libro de los profesores Villalobos y Sagredo que es, sin lugar a dudas, un sustantivo aporte en la materia.

Los autores hacen un exhaustivo análisis de las concepciones económicas protectoras surgidas durante el siglo XIX. Comienzan con el estudio de la enseñanza de los temas económicos desde los inicios del siglo en cuestión, dejando en evidencia las palmarias falencias que se manifiestan al respecto. La recepción de las obras del abate Genovesi, de Adam Smith y de Juan Bautista Say en los principales establecimientos educacionales y las críticas de Juan Bello, José Joaquín de Mora, Cristóbal Valdez, sobre todo Andrés Bello, muestran a las claras las limitaciones con que se veía enfrentada la población escolar como también los grupos intelectuales de ese momento. El tratamiento dado a las cuestiones económicas, tanto en los medios oficiales como en el ámbito público, denuncian una situación de permanentes controversias entre librecambistas y proteccionistas.

El capítulo siguiente, “Una política protectora”, identifica los decenios de Prieto, Bulnes y Montt con un período en que se aplica una política económica protectora, fruto del carácter neomercantilista extraído del sistema y concepciones de la etapa colonial. Para este momento, de crecimiento económico evidente, es importante hacer notar las reservas de los autores sobre la incidencia que habría tenido la implantación de una política económica de carácter proteccionista, considerando los logros obtenidos. Si bien hubo unos efectos positivos reconocibles en el sector artesanal y la incipiente industria, no ocurre lo mismo en el desenvolvimiento del sector primario, donde “se trata más bien de la expansión natural y tradicional a consecuencia del desarrollo de la industria y la población en los países de la economía central y de la respuesta de la economía local” (p. 47).

A partir de la segunda mitad del siglo comienza a manifestarse el predominio del librecambismo con la presencia e influencia de Juan Gustavo Courcelle Seneuil, que contará con destacados seguidores, cuyo pensamiento se dará a conocer, fundamentalmente, a través de la *Revista Económica* y entre los cuales destacan Zorobabel Rodríguez, Félix Vicuña, Miguel Cruchaga Montt,

⁴Julio Subercaseaux: *Reminiscencias*, Nascimento, Stgo., 1976, p. 100.